

EÇA DE QUEIRÓS

LA CAPITAL

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS
DE JAVIER COCA Y RAQUEL R. AGUILERA

BARCELONA 2008



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *A Capital! (començos duma carreira)*

Publicado por:

A C A N T I L A D O

Quaderns Crema, S. A., Sociedad Unipersonal

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel.: 934 144 906 - Fax: 934 147 107

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© de la traducción, 2008 by Javier Coca Senande y

Raquel Rodríguez Aguilera

© de la imagen de cubierta, Enric Duch

© de esta edición, 2008 by Quaderns Crema, S.A.

Todos los derechos reservados:

Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-96834-61-3

DEPÓSITO LEGAL: B. I.644- 2008

Este libro ha contado con el apoyo de la Dirección General del Libro
y de las Bibliotecas de Portugal



AIGUADEVIDRE *Gráfica*

QUADERNS CREMA *Composició*

ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *julio de 2008*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

I

La estación de Ovar, en el ferrocarril del Norte, permanecía silenciosa a las seis de la tarde, antes de la llegada del tren de Oporto.

En un extremo del andén, un muchacho delgado, de ojos grandes y melancólicos, con la cara pálida a causa del frío sutil de octubre, con una mano metida en el bolsillo de un viejo paletó color piñón, y con la otra arqueando contra el suelo un bastoncito barnizado, examinaba el cielo. Por la mañana había llovido, pero la tarde caía ahora clara y pura. Unas manchas rosadas se difuminaban en lo alto como pinceladas de carmín muy diluido en agua, y a lo lejos, sobre el mar, más allá de la línea oscura de los pinares, por detrás de gruesas nubes retocadas en el centro con tonos de sanguina y orladas de oro intenso, asomaban cuatro grandes rayos de sol, divergentes y decorativos, que el muchacho delgado comparaba con las flechas bellamente dispuestas de un luminoso trofeo.

En la estación sólo había un pasajero esperando el tren. Era un mocetón campesino que se mantenía inmóvil, recostado contra la pared, con las manos en los bolsillos y los ojos fijamente clavados en el suelo. Al lado, sentadas sobre un arca nueva de pino, estaban dos mujeres, una vieja y una muchacha gruesa y pecosa, ambas muy desconsoladas. Tenían a sus pies, entre las dos, una bolsa de percal y un pequeño fardel por donde asomaba el oscuro gollote de una botella.

El jefe de estación, un hombre gordo con la barbilla su-

jeta por un pañuelo de seda negra, la gorra de galones sucia y muy ladeada, apareció por la puerta de la sala de equipajes con un puro entre los dientes. El muchacho delgado se dirigió tímidamente a él:

—Parece que el tren viene con retraso...

El jefe asintió silenciosamente con la cabeza y, después de una calada, dijo:

—Los sábados siempre llega con retraso... Es la demora en Espinho.

El muchacho permaneció un instante rascando el suelo con el bastón, y se fue andando despacio a lo largo del andén. Ahora se fijaba en el joven campesino. Imaginó que iba a Lisboa, a embarcarse para el Brasil; e impresionado por la desolada cara de la vieja, pensaba que *El emigrante* sería un conmovedor asunto de poesía social, en cuartetos de rico colorido: los vastos azules del mar contemplados desde la amurada de un paquebote, las lejanas noches de nostalgia, en una hacienda de Brasil, cuando la luna está llena y los ingenios callan... Y aquí, en la cabaña de la aldea, los padres llorando ante el hogar y esperando el correo... Ya vislumbraba los primeros versos:

Abandona el hogar, la madre triste,
Los verdes campos, la risueña aldea...

Perseguía con interés la rima cuando un sujeto bajito y moletudo con gorra escocesa apareció en la verja de la estación, con una sombrerera de cartón azul. Bromeaba con dos muchachas que le seguían ofreciéndole mejillones y huevos moles para llevarse a Lisboa.

—A ti te llevaba yo, Mariquilla, ¿quieres venir?

—Enseguida, señor Juanito... Voy a buscar al padre Mendes para que nos case aquí mismo.

Pero el sujeto mofletudo vio al muchacho delgado con su paletó color piñón y exclamó:

—¡Hombre, el señor Artur! ¿También va usted para Lisboa?

El señor Artur sonrió:

—¡Quién pudiera! No, sólo he venido a esperar a mi padrino, que pasa en ese tren.

El otro se remangó los pantalones hasta la cintura y dijo riendo:

—¡Qué cosas tiene! ¿Así que viene usted desde Oliveira de Azeméis hasta aquí para ver pasar a su padrino en el tren...?

—¿Por qué no? Quiero estrecharle la mano y desearle buen viaje...

—¡Diantre!—dijo el otro—. ¡Qué buen ahijado!... Yo no lo haría ni por mi padre. —Dejó la sombrerera, chiscó con el mechero y dando una calada al cigarro, continuó, satisfecho—: ¡Pues yo me voy a la capital!... ¡A desenmoherme!... Si quiere alguna cosa...

—¡Que se divierta!

—¡Déjelo de mi cuenta! ¡Hay que llenar esta barriguita! ¡En Lisboa, el invierno se presenta de maravilla! Sassi en el teatro São Carlos, bailarinas de cancan francesas en el Casino... Y, naturalmente, nueva hornada de españolas... No le digo más...

Se remangó de nuevo los pantalones y colocó con cuidado la sombrerera de cartón al lado de una bolsa de fieltro. Artur siguió con la mirada su ancha espalda, curvada sobre el equipaje, sus caderas de obeso sobre las que estaban unos pantalones color avellana, mientras pensaba con desconsuelo que era aquella adinerada criatura la que se iba para Lisboa, Juanito Mendes, de Ovar, a quien en Coimbra llamaban el *Chorizo* y que era incapaz de enten-

der un libro o un simple juego de palabras... Y recordaba la noche en que Taveira, muy borracho, improvisaba en el Carneiro graciosos insultos contra Juanito:

¡En celestial saladero,
Embuchando de una vez,
En tripa de majadero,
Un trozo gordo y rollizo
De lomo de estupidez,
Hizo Dios este Chorizo!

Taveira, con todo su talento, era un abogado pobre, perdido en Trás-os-Montes, y el Chorizo, rico propietario, iba en primera clase a escuchar a Meyerbeer... Aquel mofletudo, en Lisboa, le parecía semejante a un gusano de la col sobre la miel de un cáliz de madreSelva. Esta sutil comparación, que el Chorizo nunca podría haber imaginado, lo consoló por un momento de la amarga desigualdad de la fortuna...

Un penetrante silbido de locomotora rasgó el aire callado e inmediatamente apareció el tren, desliziéndose sobre los raíles, arrojando al cielo enhiestos chorros de humo blanco.

—Pues lo que es yo—dijo el Chorizo—, me repantingo a gusto y me paso la noche en un sueño hasta Lisboa. ¡A que sí! ¡Y mañana a estas horas, de juerga! Viene poca gente... ¡Caramba, bonita moza!

Era una señora con un vestido de playa de franela azul, que se asomaba a la ventanilla de un vagón de primera clase. Llevaba un libro cerrado en la mano y un sombrero pequeño de plumas que parecía la rolliza pechuga de un ave negra.

Artur anduvo a lo largo del tren, buscando a su padrino. Pero no lo encontró. Quiso preguntarle al maquinista

que comprobaba al fondo la descarga de unas cajas. Pero el hombre no le hizo caso, estaba atolondrado, con el gorro hacia atrás y los ojos desorbitados. En torno a él, un revisor, el jefe de estación, con las manos atestadas de papeles, y el cochero del *char à bancs* del pueblo vociferaban y gesticulaban, tan aturdidos alrededor de las cuatro cajas que parecía que los hubiese sorprendido la inesperada acumulación de todas las mercancías del universo. Detrás de la verja cerrada de la estación las muchachas también daban voces, ofreciendo a los pasajeros mejillones y huevos moles de Aveiro. Artur, desconsolado, volvió a mirar de nuevo hasta por las ventanillas de tercera clase, donde unos soldados que llevaban a un desertor le daban tientos a una botella.

Allí, el joven campesino colocaba despacio su bolsa de percal y su fardel bajo el asiento. Después, se pasó el pañuelo por la frente como para limpiarse el sudor y, muy pálido, con los labios temblorosos, dijo:

—¡Adiós, madre!

La vieja se le abrazó desesperadamente al cuello:

—¡Hijo mío! ¡Hijo de mi alma, que no te vuelvo a ver!
¡Ay, hijo! ¡Ay, Dios mío! ¡Que no lo vuelvo a ver!

—¡Adiós, madre! ¡Adiós, Joaquina! ¡No hay más remedio, no hay más remedio!

Besó impulsivamente a la vieja en la cara, abrazó con fuerza a la muchacha, saltó al vagón y se quedó con la cabeza hundida entre los puños, sollozando.

Artur se emocionó. Pensó de nuevo en la tristeza de los que emigran, en los pobres, en las afanosas vidas de aquellos para los que conseguir el pan es una amarga preocupación. ¿Cuándo llegaría a la tierra una revolución de paz y de justicia que le diera a cada cual un campo propio que labrar y una despensa repleta en la vejez?

Fue caminando despacio junto al tren. El Chorizo ya

se había instalado en primera clase, con el gabán sobre los hombros y el puro entre los dientes.

—¿Y el padrino?—preguntó bromeando.

—No ha venido.

El Chorizo se frotó las manos y dijo riéndose:

—¡Ésta sí que es buena! Así que viene usted expresamente de Oliveira de Azeméis...—Y tras una pausa añadió—: A propósito, dígame una cosa, ¿qué tal anda Teodósio?

—No lo he visto, está en la finca.

—Y a usted, ¿qué tal le va en Oliveira?

—Ahí andamos.

—¿Sigue con sus versitos? ¿Eh?

Artur sonrió ambiguamente. El Chorizo sacaba impaciente el reloj. El revisor cerraba las puertas. Las muchachas, con las bandejas en la cabeza, regresaban al pueblo. El *char à bancs* ya se había ido. Se hizo el silencio en el andén. El jefe y el maquinista habían desaparecido. Parecía que el tren también se había dormido con la placidez de la tarde en aquella estación soñolienta. Sólo una muchachita, de cuando en cuando, con tono plañidero y gangoso, decía: «¡Agua, agua!». Sin interrupción, la máquina resollaba despacio.

—¿Nos quedamos aquí toda la vida, o qué?—exclamó una voz irritada.

Era un sujeto gordo, que venía con la señora del vestido de franela. En ese instante, Artur se fijó en ella. Le pareció tan guapa que se quedó con los ojos pasmados, invadido por un súbito arrobamiento, mientras sentía el corazón latir con fuerza. Nunca había visto la exquisita delicadeza de aquella pálida piel, ni un óvalo de cara tan suave y tan tierno. Sus ojos negros, algo tristes y de grandes pestañas, lo enternecían. Aún estaba asomada a la ventanilla con el libro

amarillo en la mano. Era pequeña y delicada, y el corpiño ajustado del vestido dibujaba unos senos que podían caber en el hueco de las manos.

Ella también pareció darse cuenta de aquel muchacho que la admiraba. Se retiró despacio dentro del coche, pero luego volvió a asomarse a la ventanilla, arreglándose un poco el lazo flojo del pañuelo de encaje. Las miradas de ambos se encontraron.

—¡Bonita moza!, ¿eh?—dijo el Chorizo—. Pensé meterme en el mismo coche y tener entretenimiento para toda la noche... Pero no me gustó nada la cara del marido...

El marido también le resultó odioso a Artur, con las mejillas blancas y fofas, con aquel sombrerito de cachemir sobre el cabello rizado, con el bezo sensual de comilón y un enorme *pincenez* con la cinta por detrás de las orejas.

—Me parece que lo conozco de Lisboa, hasta creo que es diputado—dijo el Chorizo.

Pero el jefe de estación tocaba ya la campana y el tren comenzó a andar despacio con el chasquido seco de los frenos aún tensos.

—¡Adiós, amigo, salud!—exclamó el Chorizo.

—¡Hasta la vista!

La señora del vestido de franela miró a Artur de nuevo. Otras caras pasaron por delante de él, pegadas a los cristales. Los soldados y el desertor bromeaban con la botella en la boca, y el joven campesino, con los ojos encendidos como brasas, decía adiós agitando un gran pañuelo. La vieja seguía tras el vagón, gimiendo, extendiendo desesperadamente las manos, que cincuenta años de trabajo habían hecho duras y negras. Por fin, el tren desapareció tras la curva con un silbido penetrante, entre los pinares sumidos en la oscuridad.

Artur se puso triste. ¡Aquellos horizontes que todo lo

devoran! El tren rodaría toda la noche, pasando por las estaciones iluminadas, por las aldeas adormecidas, llevando al Chorizo, feliz, tendido en su gabán; al pobre emigrante bañado en lágrimas; al desertor a la mazmorra; y a aquella hermosa mujer a su palacete. De madrugada llegarían a Lisboa. A Lisboa, que ahora le parecía más deseable porque pensaba que solamente allí una civilización superior producía aquellas delicadas bellezas de perfil patricio, como ciertas flores preciosas que sólo brotan en terrenos muy abonados. ¿Quién sería *ella*? El gordo del *pincenez* seguro que era el marido... Y adivinaba dos personalidades antagónicas: él, obeso y materialista; *ella*, de una sutil sensibilidad... Le gustaría conocer su nombre y su pasado, sus gustos, el tono de su voz y su poeta preferido. Afortunado aquel que había escrito el volumen que iba leyendo y que la hacía cavilar. Acaso fuera una novela de Daudet o de Sandeau, una obra delicada y noble. ¿En qué pensaría durante la noche, con su pálida cabecita apoyada en el respaldo del asiento, mientras el marido roncaba frente a *ella* con toda su vulgaridad? ¿Se acordaría de la estación de Ovar...?

Artur echó una última mirada a los raíles que, paralelos y brillantes, se alejaban sin cesar hasta Lisboa. Iba a cruzar al otro lado de la estación, donde le esperaba el *char à bancs* de Oliveira de Azeméis, cuando vio un sobre tirado en el andén, en el mismo lugar en que *ella* se había asomado. Lo cogió con presteza y leyó:

EXCMA. SRA. BARONESA DE PEDRALVA
HOTEL FRÁNCFORT
OPORTO

Al punto imaginó que había sido *ella* quien lo dejó caer para confirmarle con su nombre su simpatía; y vislumbró